

truecan la realidad en ficción, al tiempo que copian los espacios más habituales del género. Los tópicos también responden a este mundo. Uno de los más recurrentes es el encuentro de los protagonistas: Laguna y Pollo. Así lo subraya el crítico, de forma clara y precisa, a partir de un estudio previo de Castillo: 1) salutación; 2) convite; 3) charla equina; 4) eliminación del paisaje; 5) motivo de la visita; 6) referencias a las penurias políticas y sociales; y 7) receptor conocedor del ambiente cultural.

*Dos Gauchos retrucadores* se revela como una herramienta de trabajo útil –además de lectura amena y regocijante, incluido el “Epílogo”, donde Bonilla traza los paralelos cinematográficos entre el texto y los *western* de Hawks– para el estudio de este género. Por añadidura, nos regala un mosaico de versos en el que las literaturas iberoamericanas y europeas se retroalimentan. La profundidad con que ha abordado el *Fausto* no impide que todo tipo de lectores, poco o nada familiarizados, puedan disfrutar del “coloquio” entre Pollo y Laguna ayudados por las esclarecedoras notas del filólogo. Aquellos que deseen adentrarse en la pura tradición pampera, o ahondar en su significado y herencia, gozarán con un ensayo que siempre se mantiene dentro de los límites de la claridad y del rigor académico.

María J. MORENO PRIETO

CALAFELL SALA, Núria: *Armonía Somers. Por una ética de lo ex-céntrico*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2010.

Hay libros que son como una biblioteca, que hacen de su lectura un recorrido por textos, un descubrimiento o desvelamiento de conexiones imprevistas entre autores, entre libros o teorías. La riqueza de éstos los convierte en material de relectura, en espacio de cita, o en un lugar al que simplemente hay que volver. El libro de Núria Calafell que edita Academia del Hispanismo es de este tipo, no sólo porque en sí mismo es ya una biblioteca, sino porque está dedicado a una autora, Armonía Somers, que incita al pensamiento asociativo, a la meditación literaria, pero, además, lo consigue con unas herramientas, las del posestructuralismo, que hacen de la intertextualidad un acto político.

Por eso, leer a Armonía Somers, a través de Núria Calafell, es invitarla a dialogar con Roland Barthes, Gilles Deleuze, Julia Kristeva o Manuel Asensi, pues la escritura que la investigadora practica se declara explícitamente rizomática.

Armonía Somers (Uruguay, 1914-1994) constituye una de esas posiciones de autoría insondables para la crítica, muy pronto calificada de “rara”, y receptora al fin de mil epítetos. Los personajes de sus novelas, analizadas en el libro, parecen haber saltado del papel para confundirse con la autora, puesto que: “Colocar bajo una misma firma la autora, el personaje y la persona, postular una coincidencia entre el remitente y su destinatario, implica dislocar por completo la identidad y hacer surgir en ella la huella de ese otro que no es más que un adelanto de lo propio” (29). De ahí que Núria Calafell haya aceptado un desafío: escribir una monografía sobre una

autora cuya complejidad ha desanimado a otros muchos, todavía inexplorada y por descubrir.

Si una función cumple este libro es la de hacernos descubrir a Somers y, a partir de sus novelas, ayudarnos a adentrarnos en toda una serie de problemáticas, que son aquellas que atañen a las de la identidad postmoderna. De esta forma, la teoría elegida no podía ser más pertinente: la proyección de Armonía Sommers, pues, la afectará a ella y a su enmascaramiento, subvirtiendo los pormenores de una individualidad en proceso de cambio y simulacro: el vacío generará el poder (re)constructivo del sujeto, la situará en el punto de mira de una sociedad y de una cultura ávida de leyendas que puedan suplir la vulgaridad de su existencia. Será como consecuencia de ello que rápidamente se vinculará la obra de la uruguaya con la generación de “raros” que cierto sector de críticos ha impuesto dentro de la historia de la literatura de su país. Partiendo de aquí, el desplazamiento del significante primero podrá entenderse como una forma de huir de lo determinado y como un intento de llevar a cabo una escritura que hable de la Armonía Sommers que quiere ser, de la que se piensa que debe ser, de la que los otros quieren que sea, en definitiva, de la que no está y no estará nunca más que en el estrecho espacio de una página en blanco que puede ser rescrita tantas veces como convenga (36).

Desde aquí, uno de los hilos de esa “Poética de la sinrazón”, que la uruguaya practica, es el vínculo entre escritura y subjetividad, entre letra y yo: “Su escritura, articulada en torno a la búsqueda mítica que parece operar en torno a la creación moderna, pone de manifiesto la progresiva tensión que enfrenta al sujeto consigo mismo y con un desbordamiento lingüístico de difícil salida” (38); ya que si de algo habla este libro es de ese enfrentamiento y ese desafío.

Así, *Armonía Somers. Por una ética de lo ex-céntrico* se presenta dividido en cuatro partes: “Modos de lectura”, donde, a modo de introducción, se traza un mapa de ruta, cuyas líneas son los nombres de los teóricos ya mencionados; “Una extimidad al descubierto. Armonía Somers, figura de suplencia”, que aborda la dimensión poliédrica de la autora y recorre las miradas críticas desde la que ha sido leída. “Una ética de lo maldito: “Isidore Duncasse y el devenir del cuerpo femenino”, que invita a leer a Somers desde/con/contra Lautréamont, pero también que delimita los núcleos fundamentales de la poética de la uruguaya.

Entre éstos destacan dos, la “performance del género”, que permite a Núria Calafell demostrar un conocimiento profundo de la teoría feminista, que le posibilita comprender la sugerente propuesta que en este punto la escritora traza: sólo aceptando que el género se ve cruzado constantemente por varias lecturas, interpretaciones e incluso ideologías, y que todas ellas forman parte de su complejidad, se comprenderá mejor el uso que pretendo darle a estas páginas: es a través de él que recupero la pluralidad de estos textos y los enfrento en una suerte de juego especular que me permite ver lo que descansa más allá de su propia naturaleza novelística. Por otro lado, es gracias a la diversidad del término que puedo esbozar distintos recorridos analíticos, al tiempo que subrayo aquellas grietas por las que sacuden la significación del mismo (84).

Pero también, cobra suma importancia el cuerpo, como materialidad que permea la escritura, como carne hecha letra. De este modo, “Hacia una poética de la sinrazón”, resume el programa literario de Armonía Somers del siguiente modo: los textos somersianos se tensan dolorosamente. El recorrido, articulado en torno a la búsqueda ontológica, se revela entonces como un gesto de (auto)reflexividad performativa: tanto el sujeto como el lenguaje son puestos en proceso, configurados en torno a un movimiento infinito de metamorfosis y contradicciones que los desestabilizan, situándose por ello mismo “del lado de la acción revolucionaria en curso” (134).

Por todo ello, podemos afirmar que el libro de Núria Calafell se inserta plenamente en el escenario actual de la crítica latinoamericana, no sólo porque decide analizar la obra de una autora cuya vigencia es inapelable, sino porque, además, lo hace seleccionando unos núcleos (subjetividad, escritura, género, cuerpo) de notable trascendencia. No en vano, otro de los libros de Calafell lleva por título *Sujeto, cuerpo, lenguaje en los Diarios de Alejandra Pizarnik* (Ediciones Babel).

Editorial Academia del Hispanismo vuelve a demostrar que es capaz de apostar por investigadores jóvenes, que trabajan con rigor, mimo y meticulosidad, permitiéndonos descubrir valiosos ensayos.

Beatriz FERRÚS ANTÓN  
*Universitat Autònoma de Barcelona*

LITVAN, Valentina y Javier Uriarte (eds.): *Raros uruguayos: nuevas miradas, Cahiers de LI.RI.CO.*, nº 5, París, Université de Paris 8 Vincennes-Saint Denis, 2011.

El lector predispuesto a caminar varias jornadas, puede atravesar el parnaso uruguayo y llegar a la apartada región donde convive la estirpe de los raros. Allí lo recibe el conde de Lautréamont, jugando con un paraguas y una máquina de coser sobre la mesa de disección; Felisberto Hernández, a oscuras, observa nacer una planta en un rincón de sí mismo; Armonía Somers, entre elefantes y alacranes, diseña su propio bestiario ante el silencio de lo divino; Marosa di Giorgio recita sus papeles salvajes con el pelo encendido y una rosa en el escote; Mario Levrero entrevista a Mario Levrero una y otra vez.

En 1896 Rubén Darío publica *Los raros*, recogiendo así sus semblanzas aparecidas en el diario *La Nación* sobre escritores que de un modo u otro (bien por lo marginal de sus textos, bien por el olvido al que los han sometido la crítica o los lectores) transitan los espacios periféricos del canon. La lista está dominada por los simbolistas franceses (Léon Bloy, Villiers de l'Isle Adam o Paul Verlaine, entre otros, además del franco-uruguayo Lautréamont), pero aparecen también Henrik Ibsen, Edgar Allan Poe o José Martí. Así, en 1966, recogiendo el testigo de Darío y aplicando la categoría de *rareza* al caso uruguayo, Ángel Rama publica la antología *Aquí. Cien años de raros*, que parte de *Los cantos de Maldoror* para repasar “una línea secreta dentro de la literatura uruguaya”. Rama detecta una “tendencia minoritaria” que practica una